

1622

1922



~ Tercer Centenario de la ~
~ Canonización de Santa Teresa ~
~ de Jesús ~



“TERCER CENTENARIO DE LA CANONIZACIÓN DE SANTA TERESA DE JESÚS,”

REVISTA QUINCENAL

Dirección y Administración, Carmelitas, La Santa—Avila

PRECIO: Edición lujo..... 20 pts. Económica..... 12 »	15 DE OCTUBRE DE 1921	AÑO I — NÚM. 7
---	-----------------------	----------------------

Sección administrativa

Nuestros cambios

Hasta este día, dejamos establecido el cambio de nuestra Revista, con las publicaciones siguientes:

Vida Cristiana, del Monasterio de Monserrat, Barcelona. — *El Monte Carmelo*, El Carmen, (Burgos). — *El Adelanto*, Salamanca. — *La Basílica Teresiana*, Salamanca. — *La Voz de Peñaranda*, (idem), Peñaranda de Bracamonte. — *Boletines Eclesiásticos*, Diócesis respectivas. — *La Epoca*, Madrid. — *El Siglo Futuro*. — *Études Carmelitaines*, Belge. — *Acción Católica de la Mujer*, Madrid. — *Las Damas Catequistas y sus Centros Obreros*. — *Raza Española*, Madrid. — *La Obra Máxima*. — *Jesús Maestro*, Barcelona. — *El Eco de Alcalá*. — *Anales de los Sacerdotes Adoradores*. — *El Correo Josefino*, Tortosa. — *El Pensamiento Español*, Madrid.

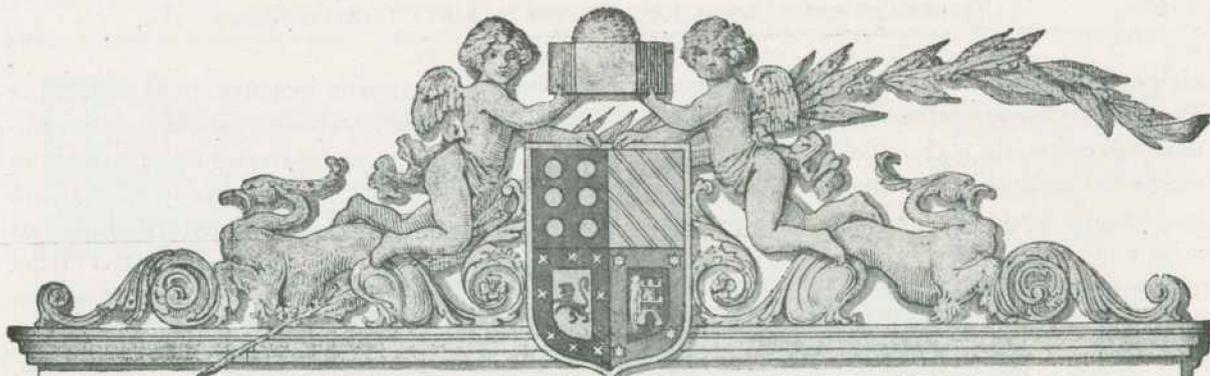
Observaciones

1.^a Rogamos a nuestros suscriptores que procuren, lo antes posible, remitir a esta Administración el importe de las suscripciones para la buena marcha de la Administración.

2.^a Contestando a todos los señores suscriptores que nos piden informes acerca del medio más oportuno para que lleguen a nosotros el importe de las suscripciones, contestamos a tan delicados requerimientos diciéndoles que *el mejor medio es el giro postal*, advirtiéndoles que pongan claras las señas para evitar confusiones.

3.^a También rogamos a los señores que reciban el número y no están aún suscriptos, que nos manden el boletín de suscripción con letra clara para que no sufran extravíos los números.

4.^a Finalmente rogamos a las señoras Secretarias de las Juntas diocesanas de Damas, que nos manden las listas de las referidas señoras con las señas de su domicilio, quedando muy agradecidos a las que ya las han enviado.



TERCER CENTENARIO DE LA
CANONIZACIÓN DE SANTA TERESA
DE JESUS.
REVISTA QUINCENAL

PRECIO

Edición lujo. 20 pias.
Económica.. 12 »

15 DE OCTUBRE DE 1921

AÑO I

NÚMERO 7

SUMARIO: *Texto.*—A Santa Teresa en el día de su fiesta, por W. S. S., C. D.—Decreto de la S. C. del Indice.—La voz del Episcopado. Carta del Excmo. Sr. Obispo de Madrid.—Valor de los mitos modernos acerca de Santa Teresa, por el Padre Wenceslao S. S., C. D.—La voz de una hija (poesía), por B. Cires (argentina).—Las dos Madres de la Santa, por E. Sánchez.—Laudate Dominum in sanctis ejus, por E. Leyva.—En la arena del Combate, por el P. Eugenio, C. D.—Tú eres la gloria de nuestro pueblo (poesía), por Adela Medina.—Crónica general.—*Grabados:* Retrato del Excmo. e Ilmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá.—... y supliquéa fuese mi Madre...—Leyendo vidas de Santos.

A SANTA TERESA, EN EL DÍA DE SU FIESTA

Te saludamos efusivamente, santa y querida Madre nuestra, en el día de tu fiesta, porque tu eres nuestra paisana que has nacido, vivido y muerto en nuestro suelo, eres nuestra Madre, porque nos nutres con la médula de tu espíritu, y nos recreas con el néctar de tus dulcísimos favores, eres nuestra Maestra que nos enseñas la perfección humana con la elevación de tu doctrina y la nobleza de tus ejemplos, eres nuestra abogada y protectora a quien confiadamente invocamos, pidiéndote el auxilio de tu protección en nuestras penas, de tu ciencia en nuestras ignorancias, de tus virtudes en nuestras debilidades, de tus certezas en nuestras dudas. Tu eres la Celadora de los intereses divinos que desde la más tierna infancia quisiste dar tu vida por Cristo, civilizando en cristiano a los feroces hijos de Islam. Contempla a esos soldados hijos de un pueblo que te ha elegido por Patrona, ellos luchan, acaso sin saberlo, para realizar los votos más ardientes de tu vida, restaña sus heridas, dales aliento en sus desmayos, valor en los peligros de la guerra, y que se termine pronto esa lucha de tantos siglos, entre moros y cristianos, haciendo que entren en el aprisco de la Santa Iglesia, aquellas ovejas enloquecidas por los ardores del desierto y por funestas doctrinas. Y, contempla, querida Madre, aquellas jóvenes y vigorosas naciones, que más allá de los mares se han formado al calor de la luz evangélica que llevaron allá los españoles tus contemporáneos, y, entre ellos, tus hermanos mismos que murieron en aquellas tierras mártires por su Dios, por su Patria y por sus Reyes. Esas naciones te miran como un símbolo de unión y te proclaman y veneran, como Santa de la Raza. Eres pues la Santa representante en el mundo de los organismos vigorosos hispano-americanos, tu función es, por lo mismo, universal: protege, pues, a España y a América con favores espe-

ciales. Basta un saludo, una palabra, un suspiro para *sobornar* tu corazón benéfico, pues bien, no te olvidarás de nuestros Reyes, de nuestros Obispos, de tu Orden que, preparan, para honrar tu nombre del modo más opulento posible, las fiestas conmemorativas de la tercera Centuria de tu exaltación canónica a los altares. Y en fin, protege al Romano Pontífice, que tanto te venera para que oyendo todos la voz del Vicario de Cristo en la tierra se consume la unión pronta de todas las razas en la creencia del mismo Símbolo, en la práctica de la misma moral, y en la aceptación del mismo derecho privado y público y, reconociéndonos todos como hermanos en Jesucristo, e hijos del mismo Padre Celestial, cesen los antagonismos de razas y naciones, desaparezcan las guerras y dándonos todos en este mundo el ósculo de la paz, sólo busquemos aquí lo UNICO NECESARIO, que, se nos ha de mostrar como es en sí, al abrir los ojos del alma cuando entremos para siempre en la posesión de aquella vida de arriba, que es la *vida verdadera*.

W. S. S.

* * *

DECRETO

Condenación de la obra titulada «Sainte Thérèse», por Edmond Cazal

Los Emms. y Rvdmos. Cardenales, Inquisidores Generales en las cosas de fe y costumbres, en la sesión ordinaria del miércoles 20 de abril de 1921, condenaron, conforme a lo prescrito en el Canon 1.399, la obra titulada «Sainte Thérèse», por Edmond Cazal, (París, Librería, P. Ollendorff;) declarando que debe ser colocada en el Índice de libros prohibidos para que los fieles no sean inducidos a error, movidos por el título de la obra.

En la siguiente, día 21 del mismo mes y año, Nuestro Santísimo Padre Benedicto XV, en audiencia concedida al Asesor del Santo Oficio, aprobó y mandó publicar la resolución tomada por los Emms. Cardenales.

Dado en Roma, Sala del Santo Oficio, 22 de abril de 1921.

A. CASTELLANO

Notario de la Suprema S. C. S. del S. Oficio

Mujer, española y santa

Por donde quiera que camine el hidalgo español, cuando sale a tierras extranjeras a mezclar su habla sonora con lenguas extrañas, y a tender su vista por campos que no son suyos, aunque apenas hay algunos por los que no pasearan victoriosos antaño sus ejércitos, al mirarle entre curiosas y asombradas aquellas gentes que él no conoce, una pregunta sale entre mil de los labios que pronuncian sonidos extraños, una pregunta sobre SANTA TERESA DE JESUS.

Y es que la Santa gloriosa, dechado de mujer, prototipo de la raza española, y ejemplar de santidad, de tal modo ha llenado las páginas de nuestra historia, ha realzado la figura de la mujer y ha entendido y practicado, pudiéramos decir, tan a lo llano, la santidad, que verdaderamente preside por modo soberano la historia patria, la de las reivindicaciones de la mujer y la de las almas que a Jesús buscan.

Porque mujer, como ella dice, sin letras y sin estudios, que por sí misma con su solo entendimiento y enérgica voluntad, a la par que suave, tranquila y plácida, asciende hasta las cumbres de las disquisiciones filosóficas y teológicas y como de pasada, va levantando los velos de problemas abstrusos y escondidos y derramando luz meridiana sobre ellos, cuando los hombres de ciencia, encanecidos sobre los libros, apenas atisbaron cosa de



EXCMO. SEÑOR. OBISPO. D' MADRID & ALCALÁ

ANTONIO VEREDRS

provecho en esas mismas materias y cuando más llegaron a ello a vuelta de muchos años de estudio y de correr luengas tierras para oír a los más afamados maestros, es prueba acabada y concluyente de que la mujer no es ser inferior al hombre, ni mucho menos, como entendían los antiguos, un animal superior a los otros, pero que nunca llega a ser racional, ni aquello otro que, imaginando ser galantes, dicen de ella: que es flor vistosísima que ha puesto, no dicen ellos que Dios, sino la Naturaleza o el Destino en el jardín de la vida para que el hombre al pasar, aspire el perfume que exhalan, y prendado de ellas las corte para admirarlas más entre sus manos y después distraído o cansado las arroje al suelo para hollarlas con sus pies.

Pues si al cuerno de española vamos; ¿dónde campean mejor las virtudes de nuestra raza? ¿Aquella energía indomable que atravesó mares y tierras desconocidas por donde ni ahora se atreven a caminar las gentes de nuestros tiempos, y domoñó imperios y sometió naciones? ¿Aquella serenidad de espíritu que permanece firme y sin desvanecerse en las cumbres de las dificultades o lo que es más difícil, en el pináculo de la gloria y del aplauso? ¿Aquel espíritu sutil y despierto que sabe entrar por las selvas más intrincadas de las hondas cuestiones del saber, guiado aunque no sea más que guiado por un hilo finísimo de razón que parece que va a quebrarse entre los dedos al primer razonamiento del contrario? ¿Aquella generosidad y desprendimiento que no sabe tener cosa suya, cuando los demás han menester de ella? ¿Y finalmente aquella grandeza de ánimo, que no se asombra de nada, porque superior a todo se cree para dominarlo y someterlo?

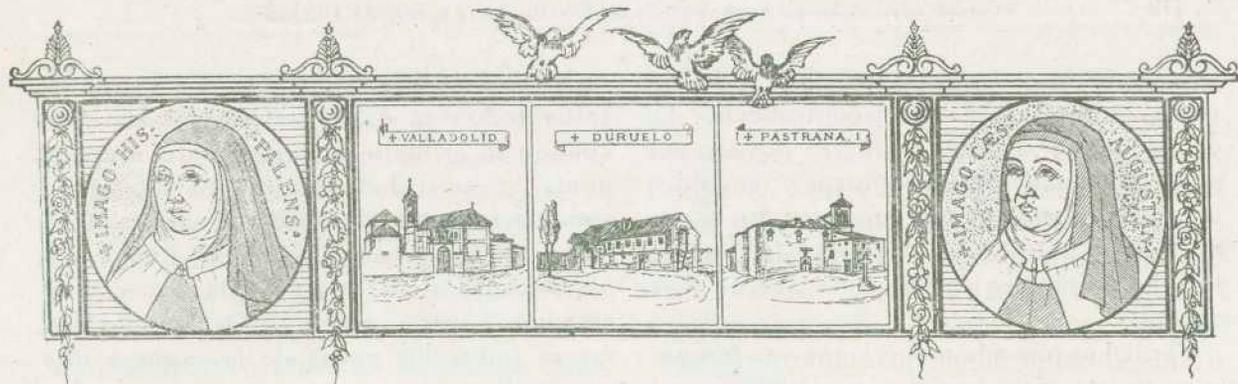
Hemos dejado para lo último lo de la santidad, porque admitido por todos es que a las cumbres de la contemplación más altísima llegó, y alma de las más queridas fué del Autor de la Santidad que tuvo a bien desposarse con ella. Pero hay algo especial en la manera de la virtud de la Santa, y es, aunque a paradoja suene, la naturalidad de lo sobrenatural, porque todos los que hayáis leído sus escritos, y os digo que si no los hubiéreis leído ni soís sólidamente piadosos ni españoles, habréis admirado la sencillez con que trata de las cosas más delicadas de la virtud, de tal manera que no solamente no os pone pasmo en el ánimo, sino que os convida a platicar con ella como con persona llanísima que os puede dar la mano para subir hasta la cumbre que ella escató. Y así debió de ser Nuestro Señor Jesucristo, fuente de la misma santidad, que jamás puso miedos en los corazones que a El se llegaban, sino suave atracción y deliciosa que hacia sí arrastraba suavemente a todos, aun a los niños y a los mismos pecadores y publicanos.

Al fin y al cabo fué El el eterno modelo de los Santos, que se esforzaron en copiar y reproducir los rasgos de su santidad, y van repitiéndonos a través de su vida, con voz a la vez humana y divina aquellas palabras del Apóstol: «Imitatores mei estote sicut et ego Christi» (I ad Corinthios, Cap. XI, V. 1.º).

Madrid, 1.º septiembre 1921.

† PRUDENCIO, OBISPO DE MADRID-ALCALÁ.





Valor de los mitos modernos acerca de Santa Teresa

Había yo determinado no escribir ningún artículo en esta revista del III Centenario, por estimar con sobrado fundamento que la reconocida competencia y laboriosidad de sus redactores son más que suficientes para llevar a la perfección su cometido.

Sin embargo, cediendo a la invitación de mi querido amigo el Sr. Leyva, en su notable artículo del número anterior, escribiré algunas cuartillas para ilustrar su oportuna tesis apologética del sobrenaturalismo en la vida teresiana.

El nombre de Santa Teresa evoca en mi mente la misma impresión que me produce la contemplación de los grandes hechos, de las ideas transcendentales y de los conceptos primitivos. Es la impresión de lo sublime, para cuya aclaración no son suficientes las palabras.

Estudiando a Santa Teresa nos hallamos en presencia de un gran hecho histórico, y de un maravilloso carácter. Pensadora excelsa, poetisa de inspiración insuperable, talento original y luminoso, corazón de elevaciones inefables, y de candorosos transportes, espíritu penetrante y esforzado, alma de fuerza poderosa y atrayente, santa de inmensa virtud, que subyuga, unciendo a su carro de triunfadora, a los más rebeldes ingenios, cuando éstos han comprendido los perfiles de su fisonomía.

A la verdad; es imposible no sentirse impresionados contemplando la profundidad de su mirada en la narración de cosas raras, insólitas, arcanas, que se verifican en ella, que ella siente, que ella escudriña, y analiza para contárnoslas después con una ingenui-

dad desconcertante. Hay en este hecho histórico notabilísimos aspectos, suficientes, en mi concepto, para formar una brillante demostración del Sobrenatural cristiano, existiendo y viviendo en la conciencia de Santa Teresa. Se vé a Dios en ella como a través de una sombra. El hecho se formula así: Existe en Santa Teresa tal plenitud, tal exuberancia de vida mental, y afectiva, que no pueden explicarse por fuerzas inmanentes ni en el fondo, ni en la superficie de nuestra naturaleza. Tal exuberancia de vida ha sido puesta allí, no ha nacido de nuestra tierra, ha llegado de fuera.

Y la devota admiración, el religioso pavor que se apodera de nosotros contemplando esta fisonomía, naturalmente extraña, a su modo la sienten otras personas que quieren asignar causas, y formular razonamientos para explicarla.

En estos últimos años se estudia con afán la figura de la *Santa perdonada*, hasta ahora, por los intérpretes naturalistas de toda manifestación sobrenatural, y, al efecto, han recorrido ya cuantas interpretaciones menos favorables pueden darse a la rica floración de virtudes y de ciencia que ellos, como nosotros, admiran en Santa Teresa.

Las soluciones que han aventurado hasta el presente no pueden ser más superficiales e incompletas.

En primer término recurren a causas patológicas. Pero basta alguna reflexión para comprender que las referidas causas son decadentes, es decir, que, sacando al paciente del medio natural le someten a un estado inferior del ordinario en la vida. Lo

decadente es estéril y si produce algo por necesidad ha de ser débil y contrahecho. Lo decadente es débil y por fuerza sus efectos, si los dá, han de ser enfermizos y lánguidos como es la fuerza de que proceden. En suma; las fuerzas patológicas imprimen fatalmente su sello patológico en los casos que de ellas emanan.

Verdad es, que, a la manera que una lámpara, cuando se consume el combustible y en el momento de apagarse, emite con más vigor una llamarada, hay también causas patológicas que al parecer, elevan al paciente a grados superiores del nivel medio de la humanidad, pero esa elevación es momentánea, y en los casos más favorables la elevación es intermitente y siempre unilateral, pero jamás se ha verificado que las tales fuerzas eleven siempre, a todas horas, que produzcan estado, y eleven al paciente *en todas las facultades*. Que es precisamente el caso de las elevaciones teresianas.

Por otra parte, recurrir, en concreto, a las neurosis orgánicas para explicar la plenitud vital de Santa Teresa es indicio de rudeza superficial que nada tiene de científica, como ex profeso se examinará en las páginas de esta Revista.

Recurrir a la esfera del sentido, para explicar este sublime carácter, es, a la verdad, muy insensato, y que sólo pueden hacerlo quienes no han comprendido la profunda diferencia existente entre las manifestaciones sensibles y las espirituales y por consiguiente tal recurso no toca la cuestión.

Recurrir a las autosugestiones por el deseo de lo divino es una explicación más elevada, pero esas autosugestiones, son imposibles, entiéndase, son imposibles en un espíritu como el de la Virgen de Avila, depurado de toda escoria concupiscible, referente a la posesión de cosas concretas y distintas, aun las de orden divino. Este espíritu circunspetto, fuera de Dios mismo, no quiso nada. Decir lo contrario es desconocerla.

Recurrir a las ilusiones de la fantasía, es no ir al fondo. La ilusión no cabe en esa esfera del espíritu, abstraído de la materia, abstraído de las energías sensibles, abstraído de las fuerzas imaginativas, abstraído de las leyes mismas de los límites que fatalmente senti-

mos los hombres ordinarios. En Teresa de Jesús todo eso cayó, todo quedaba atrás cuando *su espíritu, lo superior del alma* se ponía en actividad conociendo y amando simultáneamente *con el silencio* de las facultades inferiores, *un objeto solo, único simple* de todas maneras que basta por su infinidad a saciarle, como el Océano sacia y satura todos los poros de la esponja que vive en él.

De la misma manera, la inmanencia vital carece de fuerzas latentes capaces de producir estos fenómenos extraordinarios, pues la gran psicóloga penetró en el fondo oscuro de nuestra naturaleza, incognoscible a la generalidad de los hombres y, con su fino talento de análisis, observó, sometiéndolos a experimentos minuciosos, que no hay en el alma gérmenes de actividad psíquica que desenvueltos convenientemente puedan producir esa estupenda flora espiritual de que su alma estuvo llena.

Más aún; no encontró en ese fondo más que obstáculos e impedimentos para la germinación de la vida mística. Su procedencia, en cambio, fué asequible a su mente sagaz, porque sorprendió una fuerza exterior auxiliar, poderosa y amiga, que colocaba en su espíritu, no sacándolo del interior humano sino poniéndolo de lo exterior aquello mismo, que a nosotros nos admira y a ella la ilustraba *CON UNA CERTEZA ESPANTABLE*. Por eso, esos efectos extraordinarios, conocidos con el nombre de fenómenos místicos, aparecidos y realizados en la conciencia de Santa Teresa de Jesús, las revelaciones de los misterios, las locuciones substanciales, los contactos de substancias, los sentimientos suscitados en el fondo del espíritu, la sabiduría que llena la inmensa capacidad de la inteligencia, las llamañadas de amores inefables, los dolores de purgatorio, la aniquilación y desmenuzamiento del alma y otros cien efectos más que se realizaron en lo más hondo de la substancia de su alma, vinieron dirigidos por un impulso externo, que los obró en su espíritu aun en ocasiones que el alma estaba distraída, o los desestimaba y siempre con la cooperación meramente pasiva de su alma hermosa.

Qué fuerza exterior era aquella que dió el

impulso e hizo germinar esa flora tan rica y exuberante en la conciencia de Teresa?—De qué modo produjo esas raras maravillas?—Lo habéis comprendido ya. Aquella fuerza era Dios que con sólo unirse al espíritu de su sierva, la dejó saturada de esencias divinales. Tocó a su inteligencia y la llenó de verdad científica. Tocó a su corazón y la llenó de santidad heroica; tocó sus facultades estéticas y las llenó de belleza artística, y tocó su cuerpo corruptible y, del modo que un cuerpo es capaz; quedó lleno de inmortalidad orgánica.

En suma; esos efectos extraordinarios, que nos llenan de admiración lo mismo a los creyentes que a los incrédulos, pero que constituyen un hecho real, innegable, como realizado en esa conciencia sincera, no han tenido su origen en el concurso de fuerzas naturales. En cambio; se vé claro que vienen de fuera, es decir, de un ser que estando fuera

de la naturaleza vive e interviene en ella. Ese ser es Dios. Teresa se unió estrechamente con Dios y Dios se acercó a ella, y eso es todo. He aquí en síntesis comprensiva el fondo de la cuestión que, a mi modo de ver, es un argumento de credibilidad de nuestra Fe, y a dónde hemos llegado y nos sostendremos para avisar a los escritores, que poseyendo una educación filosófica o nula o incompleta, se atreven a acercarse a este sagrario en que reside la Divinidad.

Tenemos, entre otros, este motivo para apoyarnos en nuestras creencias. El Sobrenatural existe. Vedle ahí en la conciencia de la Virgen de Avila.

Por tanto; el naturalismo es el mito, la impotencia, la nulidad.

Dios mediante en artículos sucesivos desenvolveremos estos conceptos tan llenos de inefables encantos.

P. Wenceslao del S. S., C. D.

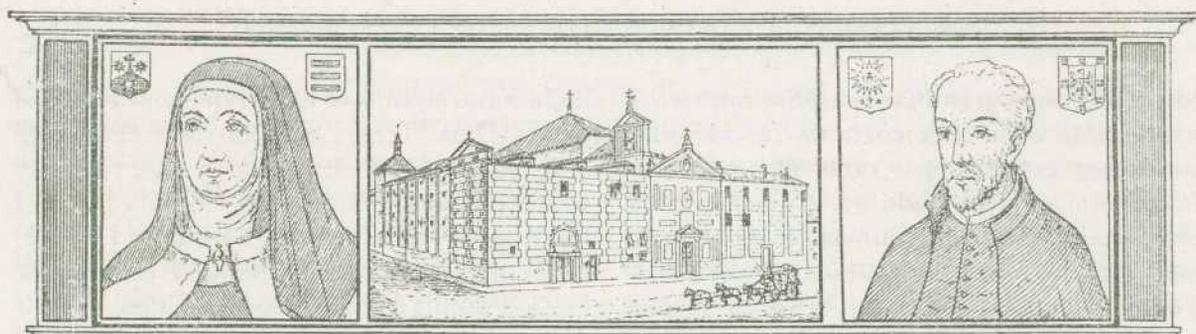
CONCURSO LITERARIO-MUSICAL

Terminado el plazo de admisión de trabajos, la subcomisión procedió a la revisión de los mismos, resultando cuarenta y siete los himnos presentados.

El Ilmo. y Rvdmo. Sr. Obispo, Dr. D. Enrique Pla y Deniel, se ha dignado nombrar el jurado calificador compuesto por los señores siguientes:

M. R. P. Provincial de Carmelitas de Castilla.	Sr. D. Salvador G. Dacarrete, Teniente Coronel de Intendencia.
D. Froilán Perrino, Lectoral de la S. I. C.	Sr. D. Pedro Baquero, Profesor de Literatura del Instituto.
D. Juan Arrabal, Profesor de Literatura del Seminario Conciliar.	

En breve daremos a conocer el himno premiado, y juntamente se abrirá el concurso para la música.



LA VOZ DE UNA HIJA

No sé cómo han de hacer Madre querida
para honrar tus virtudes y grandeza,
una mente de suyo oscurecida,
y un pobre corazón, todo tristeza!

No sé cómo han de hacer, si Dios no ins-
[pira.

Por que, tú, Madre mía, bien lo sabes:
están rotas las cuerdas de mi lira,
y cuando muere el sol, duermen las aves.....

Pero es la gratitud, es la obediencia,
es el cariño quien lo ordena ahora.
Arrullaré cantando mi dolencia,
aunque es triste cantar cuando se llora!

.....
.....
Entre la gentil España
y nuestra noble Argentina,
por disposición divina
existe un lazo de amor.

Lazo que estrecha las almas
con nudo tan dulce y fuerte
que ni lo rompe la muerte
ni lo destruye el dolor.

Lazo que es prisión amable
que de anhelarse no cesa,
cadena que menos pesa
cuanto nos oprime más.....

Lazo que es sombra y refugio
de las dos bellas naciones,
y por quien los corazones
viven amándose en paz.

.....
.....
Y cómo diré yo el nombre
de este refugio querido,
de este lazo bendecido
hecho de amor y de luz?

Pediré su voz angélica

a los querubines bellos
y repetiré con ellos:

¡Es Teresa de Jesús!

Es ella la palomita
que, mensajera del cielo,
trajo hasta el Monte Carmelo
del tierno Amado la voz.

Y entremezclando fatigas
con amorosos cantares,
fundó muchos *palomares*
para honra y gloria de Dios.

Es ella la Capitana
que puso al infierno guerra,
la que despreció la tierra,
y amó con fuerza el dolor.....

La celosa misionera
que por calmar su martirio
rindió de su vida el lirio
en un éxtasis de amor!

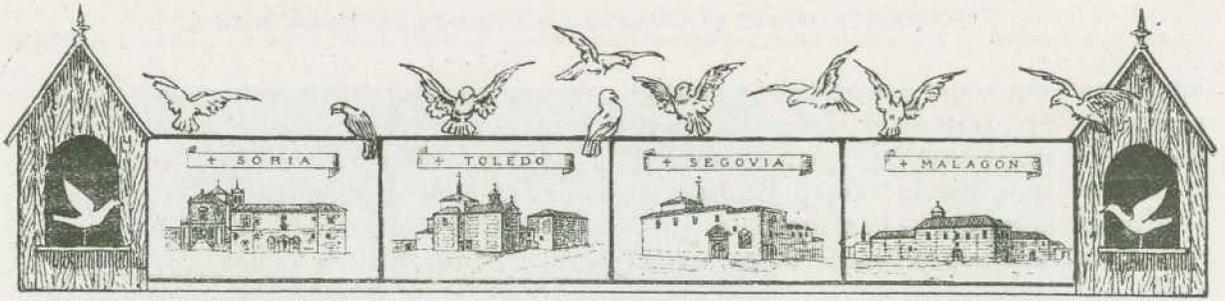
.....
.....
Nada acerté a decir Señora mía
que a tus grandezas celestiales cúadre.
Tú sabes que el cariño dá osadía,
y querrás perdonar, porque eres Madre.

Mira que en mis jardines se han dormido
las aves que cantaban en otrora.....
Perdóname Teresa, te lo pido.

¡Es tan triste cantar cuando se llora!

Que me miren tus ojos compasivos
y alumbren mi dolor como dos soles:
Y que vivamos de tu amor cautivos
para siempre Argentinos y Españoles.

Benjamina Cires.



Las dos madres de Santa Teresa

Cosas misteriosas y sublimes ha creado Dios en la naturaleza y trazado en la vida del hombre; ninguna como lo que es, comprende y significa una madre.

Ni el filósofo ni el teólogo con profundas disertaciones, ni el poeta y el literato en inspiradas composiciones, pueden decir lo que es y encierra el corazón de las madres. Ni siquiera ellas lo saben. Se sienten madres en todo su ser; viven, obran y mueren como madres; pero a sí no se conocen ni pueden estudiarse, porque el entendimiento es esclavo del amor que llevan muy adentro, y tan intenso y constante, que no las deja pensar más que en el hijo, mirando todas las cosas por el prisma del amor materno.

No hay palabra que mejor explique el concepto de madre que ésta: *amor*. Sí; compendio de amor desinteresado, puro, santo, tierno, sublime y espiritual es la madre; amor que se traduce en cuidados, desvelos y sacrificios sin cuento; amor, que es fuente copiosa e inagotable de sentimientos nobles, generosos, delicados e intensos; por lo que no hay goces tan sabrosos y dulces, tan puros y castos como los que paladea el hijo sobre el regazo de la madre; ni satisfacciones, que saturan de bienestar al alma, cual las recibidas a la sombra de la que nos dió la existencia.

Ella es, con su amor, el blando y suave paño de lágrimas en los infortunios; y el valladar de ternuras, que se atraviesa, cerrando el paso al hijo, en el camino de los vicios; de tal suerte, que cuando el hombre pisotea cruel y despiadadamente o salta por cima de esa dulce barrera, puede decirse que ha pasado a la baja categoría de lo monstruoso; es la mejor consejera en los trances difíciles

de la existencia y la única persona capaz de morir una y muchas veces por darnos la vida y rescatarnos de las garras de la muerte.

La madre, por último, es la que con sus virtudes embalsama el hogar doméstico de un perfume que atrae y sujeta a cuantos constituyen la familia, dentro de los muros de la casa paterna, y les embriaga con los encantos de una santa paz y alegría inalterable; al mismo tiempo que a todos ellos les infunde ánimos ante el infortunio y la desgracia, hasta hacerles superiores a las adversidades anejas a esta vida terrena y miserable.

De necesidad suma nos es a todos la madre, cuya misión no está vinculada sólo a dar el ser al hijo en sus entrañas, sino que la incumbe también el atender a su perfección física y moral y prestarle los auxilios que le sugiera el amor para conducirlo a su último fin.

Y ved aquí, aunque parezca extraño, una prueba palmaria de la inmortalidad de nuestra alma y del fin del hombre en la vida eterna; porque siendo la misión natural de la madre la que acabamos de señalar, vemos que, efectivamente, las de los animales conservan el amor, cuidado y solicitud para con los hijos únicamente hasta que adquieren la robustez de la vida física, en la que está su último fin, perdiéndoles después el amor hasta olvidarlos por completo y dejar en absoluto de prestarles auxilio y protección.

No sucede así con el hombre; que aunque se separe de la madre, legal y canónicamente por el matrimonio o profesión religiosa, y transcurran años y años sin verse ni comunicarse, la fibra del amor materno jamás se atrofia; y se cree ella con autoridad para

amonestar, reprender y aconsejar al hijo, y en el deber de prestarle su amoroso apoyo hasta la muerte; y es porque hasta más allá de la muerte está el fin del hombre y hasta allí se extiende la misión de la madre, que, como dice el catecismo, es la de criar hijos para el Cielo.

Bien puede asegurarse, por lo tanto, que cuando se pierde la madre, aunque sea anciana, y el hijo se halle emancipado, que cuanto más ancianas parece que más se las quiere, pero principalmente si se muere dejándole en la niñez, se pierde el mejor tesoro que en esta vida puede poseerse y que la mayor desgracia que en este mundo cabe es la de quedar huérfano, sobre todo, de madre. No hay en la tierra con qué pueda remplazarse.

¡Oh!, ¡la orfandad! ¡Qué desamparada, qué fría, triste y hosca aparece siempre!

¡Jesucristo, que en cuanto hombre no tuvo padre, no quiso aparecer en el mundo como huérfano, y entró en los divinos planes que el castísimo San José se encargase con gran solicitud de los oficios y cargos paternos; ni tampoco quiso Jesús dejar a los hombres huérfanos en la vida espiritual y se quedó con nosotros en la Eucaristía hasta el fin del mundo, con el amor de un padre, y al morir encomendó a su Madre a San Juan para que la acompañase, mientras viviese, y la guardase!

Dos madres tuvo Santa Teresa: una por naturaleza, otra por elección; la primera según la carne, y según el espíritu, la segunda; modelo de madres cristianas la temporal, y la eterna, la más madre de todas las madres, por serlo de Dios y de todos los hombres.

De ambas escribe la Santa con pluma que parece mojada en su propio corazón, por el reguero de ternuras que vá esparciendo en el papel, al describir magistralmente la familia patriarcal de los nobles Cepedas de Avila, a la que con suma gloria pertenecía.

Dice así: «El tener padres virtuosos y temerosos de Dios me bastara, si yo no fuera tan ruin, con lo que el Señor me favorecía para ser buena. Era mi padre aficionado a leer buenos libros, y así los tenía de romance para que leyeran sus hijos. Esto con el cuida-

do que mi madre tenía de hacernos rezar, y ponernos en ser devotos de Nuestra Señora y de algunos Santos, comenzó a despertarme de edad, a mi parecer, de seis a siete años. Ayudábame no ver en mis padres favor sino para la virtud, Tenían muchas.

Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos y aún con los criados... jamás nadie le vió jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera.

»*Mi madre también tenía muchas virtudes, y pasó la vida con grandes enfermedades; grandísima honestidad. Con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diera ocasión a que ella hacía caso de ella; porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad, muy apacible y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió. Murió muy cristianamente.*

»Eramos tres hermanas y nueve hermanos; todos parecieron a sus padres, por la bondad de Dios, en ser virtuosos, si no fui yo, aunque era la más querida de mi padre... Pues mis hermanos ninguna cosa me desayudaban a servir a Dios.»

De mano maestra está ejecutado el cuadro que ofrecía la familia de los Cepedas y Ahumadas, por aquellos días en que vivió Santa Teresa en ella. Es admirable, cómo de dos pinceladas, en tres limpios, hermosos y bien redondeados párrafos, pinta a todos los suyos, caracterizándolos con los rasgos salientes y peculiares de cada uno.

Parece que se está viendo al venerable patriarca de aquella grey que cual brotes de oliva se coloca y sienta alrededor de la mesa; a la hacendosa y recatada madre cristiana, comparada a las vides que, cargadas de frutos de bendición, a las puertas de las casas están plantadas; y a aquellos hermanos de alegres años juveniles, mostrándose siempre entre sí cariñosos y reverentes para con sus padres.

Todo el conjunto resulta encantador y de belleza suma, bañado con la celeste luz de la religiosidad y despidiendo ventura y dicha en medio de las enfermedades sufridas en aquel amoroso nido, fabricado con los suaves lazos conyugales.



...y supliquèta fuese mi madre.

Hasta que un día, jaciago dial jeclypsóse el sol que sobre aquel dichoso hogar infundia tanta paz y alegría tanta! La cruel y despiadada Parca asaltó los muros de aquel edén, y con su escuálida garra arrancó en flor la vida de la idolatrada madre, dejando a todos en triste y espantosa soledad...

Cuando Teresa dióse cuenta, a pesar de sus pocos años, de lo que había perdido, tuvo otro arranque, suyo como el de irse a tierra de moros a que la descabezasen, que fué el de postrarse de hinojos ante una imagen de la Virgen para elegirla por madre.

Acuérdome que cuando murió mi madre, quedé yo de edad de doce años, poco menos. Como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fuíme a una imagen de Nuestra Señora, y supliquéla fuese mi madre, con muchas lágrimas. Paréceme, que aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque conocida-mente he hallado a esta Virgen soberana en cuanto me he encomendado a Ella, y en fin, me ha tornado así.

¡Hermoso y tierno cuadro! Ved a Teresita huérfana, dándose cuenta del tesoro que había perdido y sintiendo en lugar de la benéfica sombra de una santa madre el frío del desamparo y la amargura de la soledad; vedla postrada de rodillas ante la Virgen, suplicándola que en adelante fuése ella su madre, puesto que acababa de perder la de este mundo; mientras que dos gruesas lágrimas corrían temblorosas por sus bermejas mejillas, al desprenderse de aquellos hermosos ojos que Dios la dió, a manera de esbeltos y airosos ventanales, por donde dejaba ver a su alma candorosa en toda su grandeza, belleza y sencillez.

Niña es todavía; pero en tan espontáneo, piadoso y filial arranque, lleno de fe, esperanza y amor, revela poseer un corazón de Santaza, que con nada podía henchirse que no fuera Dios o la Madre de Dios.

La imagen de la Virgen, ante la cual se postró Santa Teresa, está y recibe culto en la Catedral de Avila, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Caridad; aunque más

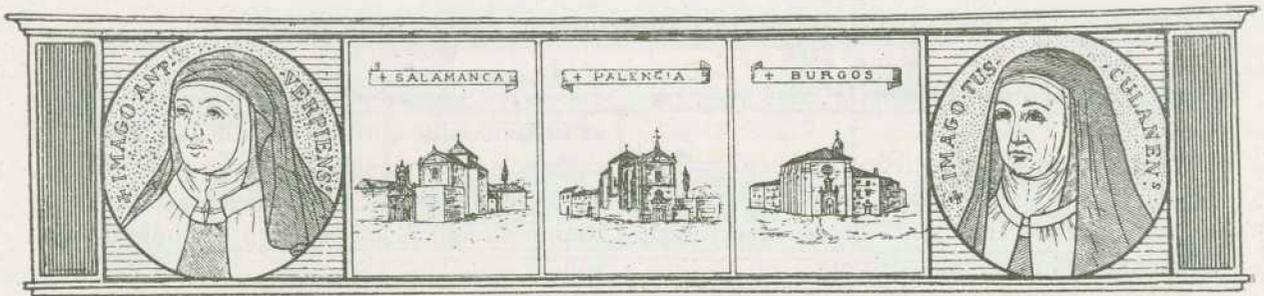
conocida es entre los abulenses por el título de la Madre o Maestra de la Santa.

Los numerosos peregrinos o turistas, que durante el año acuden a visitar los ricos monumentos de la ciudad y las reliquias de la Virgen de Avila, no se olvidan de preguntar por esta histórica y devota Imagen, y todos los días se ven postrados ante su altar hijos y madres que, recordando el arranque de Teresa, bien se adivina lo que con fervor la piden y ofrecen.

Y ciertamente; de grandísima necesidad es, que se difundan las sabias lecciones que irradia el hermoso grupito que forma Teresita delante de su segunda Madre; y se extiendan con su devoción por todo el mundo, en estos tiempos de desmoronamiento social, en que se vienen abajo los pilares que sostienen el hogar doméstico y son el fundamento de la sociedad civil; pues a la vista de todos está, que la tradicional vida de familia va desapareciendo con todos los sublimes encantos y loables costumbres que la dan carácter; y véñse rotos, de hecho, los vínculos más sagrados, por lo que es frecuente encontrarse con madres desnudas completamente de virtudes domésticas y maternas y del verdadero amor natural y cristiano hacia los hijos, y hasta de vergüenza para presentarse y presentarlos vestidos con tan poco recato, modestia y pudor, en la Iglesia y en la sociedad.

Ante la imagen de la Virgen de la Caridad, Madre y Maestra de la Santa, reza el Excelente Cabildo el Santo Rosario durante el mes de octubre; y en el día de Santa Teresa, ni por la mañana ni por la tarde se separan las dos imágenes, que juntas son llevadas en la solemnisima procesión que recorre, después de la Misa Mayor, las calles principales y en la que forma la población en masa, con todas las autoridades, cofradías y entidades; y al anochecer tiene lugar en la Plazuela de la Santa, atestada de fieles, la ceremonia de despedida, que resulta tiernísima al ver que la imagen de Santa Teresa se postra en tierra tres veces ante su Madre, arrancando lágrimas a más de un hijo y a más de una madre...

Emilio Sánchez.
Beneficiado de la Catedral.



Laudate Dominum in sanctis ejus

Día y lugar son el presente y Avila especialmente indicados para cumplir este llamamiento del Profeta y debe cumplirse relacionándole con el augusto precepto evangélico: «Enseñad a todas las gentes».

Desde que el Divino Maestro formuló este mandato hasta el momento presente ha levantado en todas las zonas de la cristiandad levadas gloriosas de espíritus generosos que se invistieron del ministerio de apóstoles de Cristo.

El judaísmo y la gentilidad, diseminados y rebeldes en las cinco partes del mundo y en los veinte siglos que cuenta nuestra fe, han sido campo vastísimo de fecunda labor de los soldados del Señor que han llevado y llevarán la luz de la verdad a todas partes, con éxito ciertamente maravilloso, pues hemos visto y vemos a la Cruz destruir el Imperio más poderoso del mundo, presidir las Escuelas más ricas en sabiduría, triunfar en las guerras más difíciles, disipar las nieblas más densas, civilizar las sociedades más salvajes, explicar los misterios más trascendentales, orientar al espíritu humano cual orienta la estrella polar al navegante, ser en fin la bandera y el cetro de un Reino al que están acogidos los más numerosos y los más felices habitantes de la Tierra.

Por exigencias de su divino fin, la Iglesia labora sin tregua en esta empresa, teniendo desplegado un Ejército, en cuyos reales no se pone el sol, que día y noche conquista de hecho las almas que de derecho le corresponden, que son las de todos los hombres.

Este Ejército lucha en dos latitudes, combate a dos paganismos: lucha en la gentilidad

y en la cristiandad; combate al paganismo pagano y al paganismo civilizado. Porque si paganas son por bárbaras las chozas indias, las encerradas llanuras de la China y la religiosa fiereza de los hijos de Mahoma, igualmente bárbaras son y por tanto paganas las personas, ideas e instituciones de nuestra sociedad que están fuera de la Iglesia, no influidos por el espíritu católico aunque sean etiológicamente degenerado fruto del cristianismo.

Pues bien, todos los amantes de Santa Teresa debemos agruparnos como voluntarios y circunstanciales combatientes en el Ejército que lucha contra el paganismo civilizado, en sus diversas órdenes de paganismo científico y paganismo moral. En el primero sobre todo, tenemos asegurada la victoria porque llevamos un magnífico material de guerra que nos permitirá luchar ventajosamente contra el error, la confusión y la mentira; este material es la doctrina de la gran Santa Abulense.

Santa Teresa de Jesús, estudiada detenida e imparcialmente en sus obras, ofrece una fisonomía moral que a la verdad desconcierta al no creyente. No es imprudencia afirmar que la personalidad de Santa Teresa, bien definida, basta para demostrar la verdad de su fe.

Esta es una labor que hace falta y que es muy propia de la época en que se celebrará el Tercer Centenario de su Canonización.

Nosotros, los cristianos, leemos pasajes de sus obras, contemplamos trazos de su figura mística y de nada de eso nos asombramos. Claro; estamos acostumbrados a contemplar a Jesucristo y las estupendas perfecciones de

Santa Teresa nos parecen la cosa más natural.

Pero los impíos, los ciegos con ceguera espiritual que no contemplan, porque no pueden, a Jesucristo, al ver a Santa Teresa se verán en situación de ánimo muy distinta.

Al ver trazada a grandes rasgos su figura, les parecerá un fantasma, un absurdo; mas cuando la vean (históricamente demostrado y detallado) nacer, profesar, fundar monasterios, relacionarse con reyes, prelados y magnates se convencerán de que es mujer de carne y hueso.

A esta mujer, cuando lean su lema MORIR O PADECER, la tomarán por loca; mas cuando la vean padecer la tomarán por sabia y cuando la vean morir la tomarán por santa.

En Santa Teresa se puede hacer una gran apología de nuestra Religión. Uno de los principales motivos por los que hoy se vé ésta combatida es, como se sabe, el de considerarla inaplicable al ser humano y así vemos gran número de hombres que hablan de Cristo con respeto y hasta con admiración, que elogian su vida y su doctrina pero que no le permiten salir del orden teórico porque estiman

que la por Él pretendida redención del hombre es incompatible con las auténticas y legítimas exigencias de nuestra naturaleza. Aprueban, sí, al Cristianismo pero sin concederle más campo de aplicación que un capítulo de filosofía.

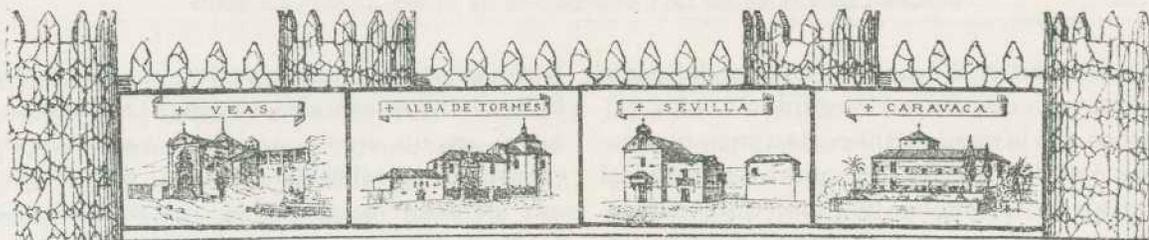
Este sofisma no puede subsistir si se contrasta con la personalidad Teresiana.

Mostrando a la moderna ciencia de nuestros flamantes intelectuales y teósofos, tan aficionados a la experimentación y al método observador y positivo, el caso práctico de una mujer que *vive* el cristianismo, para que hagan su análisis, fácilmente se les podrá convencer de que la doctrina de Jesucristo, lejos de contrariar la naturaleza humana, es requerida por ésta, la perfecciona, la satisface y la regenera. Y este estudio tendrá más valor al ponerse de relieve que Santa Teresa fué de una mentalidad y de un círculo sentimental ciertamente muy superiores a los que como base de sus investigaciones utiliza nuestra moderna crítica.

Este es, en realidad, el mejor canto en loor de la singular Santa de Avila.

E. de Leyva.





Santa Teresa de Jesús en la arena del combate

El alma de Santa Teresa fué un alma de lucha, o, como dicen hoy los que hablan mal en castellano, un alma esencialmente *combativa*. «Estaba deshecha de que no me ponía luego en batalla». Esta expresión, tomada del capítulo 35 de su *Autobiografía*, sintetiza las aspiraciones de toda su vida, desde la infancia hasta la muerte. Sabía muy bien que el soldado no medra sino peleando.

Repitámoslo: Santa Teresa pasó por la vida luchando sin cesar y a brazo partido. En las páginas de la Historia, así sagrada como profana, difícilmente hallaremos una figura menos acomodaticia, menos contemporizadora que Santa Teresa, a pesar de haber sido y de continuar siendo imán y robadora de corazones.

Luchó con Dios, luchó con los espíritus del mal, luchó con toda clase de gentes, luchó consigo misma, luchó con los elementos, luchó, en fin, con los mil obstáculos que la salieron al paso en su ascensión hacia la conquista del ideal, hacia las cumbres de la santidad. Luchó en los campos de la ciencia y del sentido común, de la naturaleza y de la gracia, de la vida activa y de la contemplativa.

Para que esta lucha multiforme resultara más grandiosa y admirable, plugo a Dios armarla con armas del mejor temple.

Dotóla de una inteligencia sumamente clara, aguda y comprensiva; de un corazón insaciable y vehemente, noble y generoso; de una voluntad inquebrantable, o como ella dice, «de un ánimo más que de mujer» (c. 8); de una sensibilidad exquisita, tanto en el orden de la naturaleza como en el de la gracia, y arrojó en el fondo de su espíritu abundante semilla de aquella yerba de que nos habla

en un capítulo de su Vida. Aún más; para que el espectáculo fuera más admirable a los ojos de los ángeles y de los hombres, Dios mismo la preparaba los combates, combates de gigantes. Quería mostrar en el instrumento frágil de una mujer las riquezas de su bondad y de su Omnipotencia.

Pero lo más extraño y potentoso del caso no es precisamente *la lucha entablada*, sino el *éxito alcanzado*. Luchó contra todo y todo se rindió a su voluntad. La incalculable gloria de que hoy goza en el cielo y en la tierra, no es más que el botín del combate.

Luchó con Dios y le venció, cual otro Jacob, haciéndole cautivo de su corazón; luchó con los demonios y los sojuzgó, llegando a temerlos menos que a las moscas; luchó con las gentes—magnates, letrados, reyes—y los dominó, cualquiera que fuese la predisposición en que se hallaran; luchó con los elementos y obstáculos y en medio de los mayores obstáculos y contradicciones, su alma se encontraba «reina y señora» del mundo y de los elementos; luchó consigo misma y se venció, superando primero aquel «puntillo de honra» que tanto la molestó en las primeras etapas de su vida espiritual, y alcanzando, como consecuencia, aquella humildad tan suya, tan teresiana, sabia, agradecida y valerosa, que reconociendo la procedencia divina de los dones que recibía, después de agradecerse los al Señor generosamente, a todo se ponía por su servicio.

He aquí un argumento teresiano tan bello como interesante. No sabemos que lo haya tratado nadie exprofeso. Incidentalmente, si lo han tratado, como no podían menos, los biógrafos y apologistas de la Santa. Y, sin embargo, creemos sinceramente que esa lu-

cha incesante, titánica y gloriosa del alma teresiana, constituye el argumento más poderoso y a la vez la explicación más razonable y satisfactoria de su asombrosa *vitalidad interior*, y si mucho no nos equivocamos, ella es también el factor primario de su popularidad universal y siempre creciente.

Y siendo indiscutiblemente la mística doctrinal de Santa Teresa la expresión fiel de su mística vivida o experimental, es decir, su vida escrita, al demostrar la extraordinaria vitalidad del alma teresiana en el combate, demostraríamos, contra los Quietistas y demás falsarios de la Mística, la pujante vitalidad del misticismo cristiano, que en Santa Teresa reconoce su representante más genuino; y corriendo parejas, como sería muy fácil demostrarlo, el grado de santidad de un alma, con la intensidad de la lucha por ella sostenida (cuando esta lucha es por la virtud, como en nuestro caso), seguiríase que, pues Santa Teresa luchó por la virtud como pocos, debió de elevarse a las alturas de una santidad tan rara como portentosa.

¿No es verdad, lector amable, que el argumento no carece de trascendencia psicológica, apologética y acaso histórica? Además de que, si fuera bien tratado, podía ofrecer todo su interés, por su belleza y movimiento, del más interesante drama.

En la realización de nuestro pensamiento, nos inspiraremos casi exclusivamente en los escritos de la Santa y los límites de éstos limitarán nuestro trabajo, el cual será sin duda el obsequio más modesto que recibirá la Santa española en el tercer Centenario de su Canonización.

I

Primera lucha: la naturaleza y la gracia.

Santa Teresa, como el otro de la fábula, nació armada para el combate por la virtud.

¿Qué significa esto? Esto no significa, demás está decirlo, que naciera limpia del primer pecado, ni, por consiguiente, libre de sus maléficas influencias. Significa que vino al mundo con lo que ella denomina «condición virtuosa» o «natural virtuoso», es decir, con un rico caudal de buenas cualidades naturales, heredadas de sus antepasados, sanos y virtuosos, pues sabido es que las influencias

fisiológicas tienen gran parte en la formación de los hábitos morales; significa también que nació en un medio ambiente, saturado de moralidad y religión; significa, por último, que los primeros ejemplos que recibió, esto es, las primeras palabras que oyó, las primeras escenas que presenció y las primeras enseñanzas que informaron su espíritu concurren a embellecer sus hermosas cualidades naturales y las virtudes y dones que el Señor le infundiera, junto con la gracia santificante, al recibir el primer Sacramento.

«Ayudábame no ver en mis padres favor sino para la virtud. Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos y aun con los criados... Era de gran verdad; jamás nadie le vió jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera.»

«Mi madre también tenía muchas virtudes... grandísima honestidad... era muy apacible y de harto entendimiento.»

«Eramos tres hermanas y nueve hermanos; todos se parecieron a sus padres en ser virtuosos... Mis hermanos ninguna cosa me desayudaban a servir a Dios.»

¿Qué combate sostuvo en su infancia Santa Teresa, para el cual le armara tan cabal y cuidadosamente la Providencia? Los biógrafos de la Santa no registran ningún conflicto entre la gracia y el pecado en esta primera época de su vida. Así es, en efecto. También nosotros creemos que la primera etapa de la vida teresiana se deslizó sin que mediara lucha alguna del alma con los enemigos de su salvación. Parece que, por entonces al menos, los espíritus del mal respetaron aquel Sagrario donde «tan continuo había de morar» el Dominador de toda potestad.

Pero, ¿qué? ¿No tiene la gracia más enemigos que el vicio? ¿No hay en el ser humano más contendientes que el hijo de la gracia y el hijo del pecado? Hay un tercer factor, un *aliado* que generalmente se entiende con el hijo del pecado, aunque algunas veces, pocas, favorece al hijo de la gracia. Ese tercer factor es la *naturaleza*. Con la naturaleza sostuvo la gracia el primer combate en el campo del alma teresiana. ¿Cuándo? ¿En qué forma? Vamos a verlo.

Desde que la niña Teresa de Ahumada aprendió a leer y acaso aun antes de que

aprendiera, leía u oía leer diariamente las vidas de los Santos, según la muy cristiana y muy española costumbre de aquellos tiempos. No se contentaba con la lectura hecha en familia, sino que, tomando consigo a su hermanito Rodrigo, tres años mayor que ella, ambos se retiraban a leer nuevas vidas y a meditarlas más seria y profundamente de lo que correspondía a su edad.

Las vidas que más impresionaban a Teresa, eran las de los mártires. Cada vez que leía u oía leer la vida de un mártir, su inteligencia se iluminaba con destellos celestiales y su tierno corazón se abría de par en par a las abundantes y afectuosas comunicaciones de la gracia. Una vez fueron tan copiosas las luces y tan fuertes los impulsos de la gracia, que, como consecuencia, tomó la extraña resolución de buscar a toda costa el martirio, para conseguir por medio de él la felicidad eterna. Para ello concertó con Rodrigo «irse a tierra de moros, a que los descabezasen por Cristo».

Y que la resolución no fué mera veleidad, lo prueba el humilladero de los *Cuatro Postes*, donde es fama que D. Francisco de Cepeda detuvo a los dos pequeños fugitivos que iban resueltamente a poner por obra su *concierto*.

Esta resolución heroica, en vías ya de realizarse, supone, si no nos engañamos, una tremenda lucha previa entre la gracia y la naturaleza. Para ir a tierra de moros, Teresa tenía que abandonar a sus padres, que la querían con predilección (cap. 1), dejándolos sumidos en un mar de zozobras y amargura; a sus hermanos, que la consideraban como la joya de la casa; a sus parientes, su casa paterna, su ciudad natal, y tantas otras personas y cosas a que vive asido el corazón del niño y tanto más asido cuanto es de índole más afectuosa y agradecida, como lo era en sumo grado el corazón de Teresa de Aumada.

Luego, para llegar a esa fantaseada tierra de moros, había que andar largas jornadas (así creemos que se lo figuraría), caminando sin rumbo fijo, viviendo de limosna —ella tan honrosa— y durmiendo a la intemperie; había que arrostrar los mil peligros, molestias

y privaciones de tan largo viaje, y todo esto lejos de sus padres y hermanos.

¡A tierra de moros! De seguro que la hija de Alonso de Cepeda se la había imaginado muy mala y muy fea, como habitada por esa casta de gente, que los cristianos sencillos de entonces concebían como la encarnación del odio y de la ferocidad. Cuántas historias espeluznantes de moros no oiría Teresa contar a sus padres después de leída la vida del Santo, martirizado bárbaramente por ellos! Y a ella ¿cómo la martirizarían? ¿Se contentarían con descabezarla?

No fantaseemos. Santa Teresa fué desde niña por temperamento sumamente reflexiva, sensible y afectuosa. Nada más ajeno a su índole que la irreflexión, la dureza o la indiferencia. Querer y desear ser querida, amar y querer ser amada (casta o santamente según la época en que la consideremos), corresponder al menor beneficio recibido, hasta creerse capaz de ser *sobornada por una sardina* que le dieran, fué la *tendencia natural* de su corazón, y, por tanto, de toda su vida. Su resolución heroica de salir en busca del martirio no fué, pues, un acto impeditado, una corazonada infantil, sino fruto madurado al calor de largas y casi extáticas meditaciones sobre la eternidad, sobre aquel «para siempre, para siempre», en que pasaba absorta largos ratos.

Ni fué un acto de desamor hacia sus padres y hermanos, a quienes sabemos amaba ternísimamente, sino un triunfo de la gracia que pudo más que todas las fuerzas de la naturaleza. El mayor *embarazo* que se oponía a la realización de su plan, era «el tener padres». De sólo pensar en dejarlos debió de sentir una pena y un desgarramiento más acerbos que los que sintió años más tarde, al separarse de su padre (ya no tenía madre), para ingresar en un monasterio de clausura no muy rigurosa, situado en la propia ciudad natal.

Estimamos, pues, que Santa Teresa, niña, presenció en el campo de su alma una lucha formidable entre la naturaleza y la gracia; entre la naturaleza que defendía sus derechos más sagrados y fundamentales —el amor a la existencia y a los autores de ella— y la gracia que ofreció a los ojos de su espíritu co-

mo el ideal de una felicidad suprema, eterna y a corto plazo.

En esta contienda ¿cuál de los contendientes triunfó? Ya lo hemos dicho.

P. Eugenio de S. José, C. D.

Roma Septiembre de 1921,

Tú eres la gloria de nuestro pueblo

A nuestra insigne compatriota la inclita Reformadora del Carmelo Sta. Teresa de Jesús.

«...no hay pensador español que no la estudie, ni poeta que no suspire por ella, ni aventurero que no se sienta movido del ejemplo de esta «Aventura» sin igual, en los negocios de Dios; ni teólogo que no tenga con ella relaciones estrechas de vocación y estudio; ni espíritu provido de la raza que va a América, que va a Africa, que va a Oceanía; que no se inspire en aquella monja andariega, pobre, alegre, austera, ideal, mística, hidalga e incansable, como esta España generosa e inmortal, que ha tenido en su santa hija, el retrato más acabado de su grandeza (1).

A la insigne española, gloria de nuestro
[suelo
a la mujer excelsa que buscó el desconsuelo,
a la monja sublime que logró con desvelo
la gloriosa Reforma de su amado Carmelo,
elevo yo mi canto, que es un canto de amores.
La enseña de la Patria con sus lindos colores,
a sus plantas la pongo cual alfombra de flo-
[res
que aparece más bella con los vivos fulgores
que por doquier derrama; la figura gloriosa
de la Santa, la sabia, de la mujer hermosa
que brilló por su ingenio y ciencia portentosa,
que supo ser austera, siendo también graciosa.

«Si meciste tu cuna del Adaja a la orilla,
si tus ojos se abrieron en la Vieja Castilla,
hay en tí tal conjunto de gracia y maravilla,
cual si la España entera pusiera en tí semilla.

Y los vetustos templos de altos capiteles,
y los bravos guerreros de bríos corceles
y los mágicos lienzos, que cual nuevos Apeles
nos legaron artistas, de divinos pinciles,
como espejo clarísimo tu figura retratan.
Hoy la Patria y la Historia tus grandezas re-
[latan;

el clarín y la guzla, sus acentos desatan,
y a las glorias de España, con sus sonos te
[atan,

Nuestra Fe, santo fruto de semilla apostó-
[lica,
que dió nimbo de gloria a Isabel la Católica
y aún germina fecunda entre la nave gótica
en tus manos coloca su divisa simbólica.

Nuestro rico lenguaje, nuestro hablar pere-
[grino,
con tu verbo castizo, que es humano y divi-
[no,
con Miguel de Cervantes aún prosigue el
[camino
su jornada de gloria por el mundo latino.

Nuestras viejas ciudades de fuertes torreo-
[nes
cuyos muros encierran históricos pendones,
proclaman que en sus glorias se reflejan tus
[dones,
y que tu eres el símbolo de todas las regiones.

La fabril Cataluña que es obrera y señora
nos habla de la monja que entre cazuelas ora,
del panal de la mística, que sin cesar labora
esa abeja incansable que es sublime Doc-
[tora.

Y con bélicos sonos Zaragoza nos grita,
nos pregoná pujante que tu valor imita,
y al pié de su Pilar ferviente deposita
toda el alma en la «jota...» que el Ebro re-
[pita,

El jardín de mi Patria hoy también se en-
[galana
y echarle flores quiere a su flor más galana;
a tus plantas, señora, está la valenciana
rindiéndote homenaje de excelsa soberana.

El noble pueblo vasco, hoy canta en tu loor,
de las olas cantábricas, ya se siente el rumor,
¿No escuchas el zortzico? Es el mar, el can-
[tor:

(1) Fragmento del elocuentísimo discurso pronunciado el día 2 de julio de 1914 en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca por el benemérito pedagogo D. Manuel Siuot.

con sus trovas muy bellas; son canciones de
[amor.
«A las plantas benditas de la inmortal
[Teresa». «Baskonia en dulce ritmo, sus amores le ex-
[presa». «¡Valor y Religión! ¡Trabajo que no cesa!»
«con ellos te saluda, con ellos tus pies besa». El ansia con que pides «*manzanas perfu-*
[*madas* «*para un lecho de amores*» en tus bellas
[«*Moradas*» hoy Galicia las rima en dulces alboradas,
que repiten los ecos de campiñas doradas.
La página gloriosa de Pelayo en Asturias
que con épica hazaña vengó nuestras inju-
[rias, también nos la repiten ecos de otras centu-
[rias en que con fe venciste las luteranas furias.
La alegre y bulliciosa sin par algarabía,

que es típica y castiza en toda Andalucía,
nos hablan de aquel lema que tu Regla tenía:
«Tristezas melancólicas, no quiero en casa
[mía.»
.....
Hoy tejen nuestros cármenes olorosa guir-
[nalda que te arroja en piropos nuestra esbelta Gi-
[ralda, y Cádiz la recoge en ondas de esmeralda,
y el mar te la devuelve, teñida, en rojo y
[gualda. La Historia está a tus pies, y ante el mundo
[pregona que toda ofensa olvida, que a todo vil per-
[dona, y con paz y amor labra la brillante corona
que hoy la Patria le ofrece a su excelsa Pa-
[tricia.

ADELA DE MEDINA.
Gitanilla del Carmelo.

Cádiz 1921.

 *Crónica General.* 

El movimiento teresianista acusa en esta quincena una intensidad cada día más creciente, llegando en algunas provincias a prometer felices éxitos.

Avila.—Las diversas Subcomisiones continúan laborando y resolviendo sus problemas respectivos. Las Subcomisiones de Hospedajes y de Propaganda han reforzado su personal con otras Comisiones de Señoras, que a modo de auxiliares, prestarán valiosa ayuda. Ponemos esta determinación en conocimiento de las Juntas Diocesanas de Señoras para que, llegando el caso, se entiendan entre sí. En el siguiente número haremos la presentación.

Las Subcomisiones de Exposiciones de Arte y de Productos van adelantando su labor y pronto nos darán ultimados sus programas respectivos.

Salamanca.—En Salamanca, ya de regreso de sus excursiones veraniegas, los nobles salmantinos se aprestan, según informes, para celebrar una reunión magna, en donde se adoptarán acuerdos importantes. Por otra

parte la Prensa de Salamanca no cesa de excitar el sagrado fuego del entusiasmo teresiano en aquellos pueblos ya de suyo caldeados en él.

Esperamos con vivas ansias los interesantes acuerdos salmantinos, pues los acuerdos de esta ciudad los consideramos aquí como de casa.

Soria y Osma.—El Ilmo. Sr. Obispo de Osma, cuyos fervientes anhelos y profundos pensamientos saborearon nuestros lectores en el número anterior, ha encontrado entusiasta propagandista en el R. P. Máximo, Prior de los Carmelitas de Osma, que a toda la Diócesis va llevando la buena nueva. Se ha constituido la Junta de Caballeros y de Damas en Osma, y el día 14 de este mes quedarán constituidas en Soria. He aquí los nombres de las de Caballeros y Señoras que tomamos de la lista publicada en el «Boletín Oficial» del Obispado.

Junta de Caballeros.—Presidente honorario: Ilmo. y Rvdmo. señor Obispo.

Presidente ejecutivo: M. I. Sr. D. Juan Gó-

mez, Deán, Provisor y Vicario General del Obispado.

Vicepresidente: P. Máximo de San José, Prior del Convento de PP. Carmelitas de esta villa.

Secretario: M. I. Sr. D. Eloy Marañón, Arcediano.

Tesorero: M. I. Sr. D. Jaime Gutiérrez, Canónigo.

Vocales: M. I. Sr. D. Manuel de Armijo, Arcipreste; M. I. Sr. D. Manuel Gutiérrez; M. I. Sr. D. Pedro del Pozo; M. I. Sr. D. José María Múgica; D. Clemente Núñez; D. Teófilo Gil María; D. Manuel Hortal; D. Antonio Bonifaz y D. Pío Ruíz.

D. Eustaquio Marqués; D. Luis Ayuso Peña; D. Fernando Carro; D. Felipe Miranda; don Felipe del Amo; D. Valentín Arroyo; D. Alejandro Sanz; D. Francisco Calvo; D. Vicente Aparicio; D. Mariano Benito; D. Pablo Morales; D. Blás Elías; D. Tedoro Villanueva; D. José María Villanueva; D. Pedro Andrés; D. Victoriano Aguirre; D. Ireneo Illana; don Pablo Martínez; D. Alejandro Requejo; D. Severino Jiménez; D. Manuel de J. Gómara; don Luis Ayuso Iglesias; D. Emilio del Amo; don Juan José Izquierdo; D. Casimiro J. Gómara; D. Antonio Jiménez; D. Fermín Ruíz y D. Teófilo Carro.

Junta de Señoras.—Presidenta: Doña Fortuna Hernández.

Vicepresidenta: Doña Segunda Gutiérrez.

Secretaria: Señorita Marcelina Requejo.

Tesorera: Doña Jesusa de la Rica, viuda de Lagüera.

Vocales: Doña Simona Iglesias, Doña Brigida Mata, Doña Tirsa Alonso, Doña Dorotea Sorio, Doña Manuela Marqués, Doña María Lafuente, Doña Gregoria Jiménez, Doña Romana Jiménez, Doña Petra Muñoz, Doña Valeriana Alonso, Doña Natividad Gil, Doña Teresa Illana, Doña Consuelo Frías, Doña María Gonzalo, Doña Julia Ruíz, Doña Rosalía del Amo, Doña Margarita del Amo, Doña Dolores Illana, Doña Victoriana Tejerizo, Doña Paz Gil, Doña Leoncia Illana, Doña María Jiménez.

Doña Felipa Bravo, Doña Sofía Corredor, Doña Ramona Brun, Doña Lorenza Molina, Doña Eufemia Sebastián, Doña Segunda Jiménez, Doña Jacinta Arranz, Doña María del

Amo, Doña María Agreda, Doña Francisca Pascual, Doña Felipa Lafuente, Doña Vicenta Rodrigo, Doña Encarnación Gil, Doña Rogelia Rodrigo, Doña Jesusa Ayuso, Doña Isabel Delgado, Doña Antonia de la Calle, Doña Francisca Olmos, Doña Agueda Torrubia, Doña Ramona Rico Ortiz, Doña Valentina Ortega y Señorita Concepción Rico Ortiz.

León.—Junta de Damas.—El *Boletín Oficial* de la Diócesis de León (15 de septiembre) nos da cuenta de la formación de la Junta Diocesana de Señoras de aquella ciudad, con estas palabras.

Respondiendo a la invitación de la Junta Nacional, constituida en Madrid para promover la solemne celebración de fecha tan memoranda, se ha formado en esta capital la Junta Diocesana, integrada por las señoras siguientes:

Presidenta: Doña Lucila Fernández, viuda de F. Gironda.

Vicepresidenta: Doña Visitación Jove Piñán de Riego.

Tesorera: Doña Ignacia Villalonga de Alfageme.

Secretaria: Señorita Carmen Molleda Garcés.

Vicesecretaria: Señorita Amalia R. Rivas.

Vocales: Doña Dionisia González Roldán, viuda de Fernández Casal; Doña Teresa González Roldán, viuda de Canseco; Doña Leonarda Lescún, viuda de Andrés; Doña Mercedes Díez, viuda de Negral; Doña Teodora Franco, viuda de Ortega; Doña Vicenta Alonso de Del Río; Doña Dolores Aparicio, viuda de Beltrán; Doña Justa Pimentel de Junquera y señorita María Díaz Jiménez Molleda.

La noble y religiosa misión que se le encomienda y el acreditado celo de las distinguidas damas que componen la referida Junta, son una garantía del feliz éxito de su gestión, para promover en esta Diócesis la celebración del Centenario, organizar peregrinaciones a Avila y a Alba de Tormes y cooperar a los actos de carácter nacional en honor de la insigne Mística Doctora, gloria preclarísima de nuestra España.



:-: Dos obras nuevas :-:

SOBRE

Santa Teresa

- - - - de Jesús - - - -

La Santa de los Seráficos Amores Eucarísticos, o sea, Vida Eucarística de Santa Teresa, por el Lic. D. Emilio Sánchez, Beneficiado de la Catedral de Avila, Libro de unas 500 páginas, encuadernado y con devotos fotograbados; de gran interés para las almas enamoradas de la Eucaristía y entusiasmadas de la ilustre literata. **Precio 5 pesetas** franco de porte y certificado de correos, remitiendo por el Giro postal el importe.

Santa Teresa, Patrona de Intendencia. En este librito del mismo autor se presenta a Santa Teresa como espejo de virtudes militares, y la lectura de él despierta poderosamente con la devota admiración a La Santa un grande amor a la Patria y al Ejército.

Precio 2 pesetas. De venta en casa del autor.

PLAZA DE SANTA CATALINA, 7, AVILA

Pidase en todos los buenos establecimientos el incomparable

COGNAC MOSCATEL

Y LICOR CARMELITANO

Fabricado por los religiosos Carmelitas del Desierto de las Palmas de Benicásim (Castellón)

Premiado con Medalla de Oro y Diploma de Honor en varias Exposiciones

